


¿Quién es el antropólogo o antropóloga? El porqué los lectores deben saberlo*

Daniel Bizeul

 <https://orcid.org/0000-0002-9155-103X>

Centre de recherches sociologiques et politiques de Paris, Cultures et Sociétés Urbaines,
Francia

danielbizeul@gmail.com

RESUMEN

La faceta personal del antropólogo sigue siendo a menudo un punto ciego en el trabajo de investigación. Sin embargo, es la adecuación más o menos favorable entre un antropólogo singular y un contexto social definido lo que determina en parte el curso de una investigación y la calidad de los resultados. De ahí la importancia, habitual en Francia, de mencionar los acontecimientos biográficos y las experiencias propias del antropólogo o la antropóloga. Esto ayuda al lector a juzgar la calidad de la investigación y la precisión del análisis. Esta forma de autoanálisis sigue siendo un ejercicio incierto, sin protocolo ni modelo. A partir del ejemplo de una investigación de inmersión realizada entre 1996 y 1999 sobre el Frente Nacional, partido francés de extrema derecha, muestro cómo la investigación se vio facilitada por mi educación católica y de derechas, y complicada por mi vida amorosa con dos hombres, uno de ellos moreno.

Palabras clave: *Relato etnográfico, Verdad, Autoanálisis, Extrema derecha, Homosexualidad, Francia*

* Traducción realizada por Martín Caverio Castillo.



Who is the Anthropologist? Why Readers Should Know

ABSTRACT

The anthropologist as a person often remains a blind spot. Yet it is the fit, more or less favorable or unfortunate, between a specific social context and a particular anthropologist that partly shapes the course and outcome of fieldwork. Hence the importance of mentioning the anthropologist's biographical events and experiences, as well as his or her physical and relational characteristics, insofar as they have an impact throughout the work. Such information helps readers better assess the quality of the research. However, this form of self-analysis remains an uncertain exercise, without protocol or model. Drawing on the example of an immersive fieldwork I carried out between 1996 and 1999 within the National Front, a French far-right political party, I show how the research was facilitated by my Catholic and right-wing upbringing, and complicated by my intimate life with two men, one of whom was Black.

Keywords: *Fieldwork account, Truth, Ethnographic reflexivity, Self-analysis, Far-right, Homosexuality, France*

INTRODUCCIÓN

«Solamente creo en las historias atestiguadas por personas que se harían degollar», resume lacónicamente Blaise Pascal para refutar los relatos de misioneros que retrotraen la creación de China antes de la llegada del Diluvio, tal como se relata en la Biblia.¹

Desde el testimonio ocular reivindicado por Jean-Norton Cru (1930) para dar cuenta de la morbosa realidad de combates en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, en oposición a las narrativas edificantes y patrióticas entonces en boga (Rousseau, 2003), pasando por la soberana fórmula de Clifford Geertz (1988) lanzando su «¡Yo estuve allí!» para certificar la validez de sus afirmaciones sobre las culturas balinesa o marroquí, hasta la objeción a diversas investigaciones etnográficas hecha por Steven Lubet (2018) aplicando una forma de contrainterrogatorio sobre la base de otros hechos de dominio público, es el mismo principio enunciado por Blaise Pascal el que se plantea: el relato de testigos, o de protagonistas, de un acontecimiento es esencial para saber aquello que realmente ha pasado. Saber y dar a conocer lo que realmente ocurrió implica la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo que hace imposible decir cualquier cosa indefinidamente, so pena de ser desautorizado, contradicho, tomado por mentiroso o por iluminado, denunciado como un fraude. Lo que se aplica a la conducta de la propia vida y en las relaciones con los demás y con las

¹ Una multitud de textos en ciencias sociales han tratado sobre la reflexividad, sobre todo con relación a investigaciones de larga duración e inmersión, calificadas de etnográficas, al punto que puede parecer temerario añadir un texto más a esta literatura. Ha sido el aliento amigable de Martín Caverio Castillo y su disposición a ejercer de traductor al español, que me ha dado el valor de escribir este texto. Le agradezco por su generosidad y por las molestias que se ha tomado en este trabajo, así como por sus sugerencias a una primera versión de este texto. También quiero dar las gracias a Henri Peretz y a los demás revisores por sus comentarios y consejos. [Nota del traductor: las frases citadas en francés por el autor han sido traducidas también al español por mí].

diversas instancias sociales se aplica con mayor razón en el ámbito del conocimiento científico (Bizeul, 2021).² Pero lejos de ser suficiente y de garantizar un convencimiento, como prueba indiscutible, cada historia y cada afirmación de la verdad puede ser cuestionado y refutado. Los tribunales, publicaciones científicas o secciones de noticias de los periódicos ofrecen ejemplos de ello todos los días.

Ahora bien, el antropólogo, sociólogo o historiador del mundo contemporáneo es precisamente este testigo o protagonista en una serie de investigaciones, calificadas como etnográficas, de campo, por observación participante, implicación directa, inmersión intensiva, etc.³ Los temas que le preocupan lo son, en mayor o menor medida, para todos. Surgen en las conversaciones cotidianas, ocupan los titulares de los medios de comunicación y son asumidos por los gobiernos. Pueden preocuparnos a todos de forma inmediata y devastadora en un momento u otro, o pueden dejarnos indiferentes. Sin embargo, lo más frecuente es que nos vengan a la mente imágenes y explicaciones prefabricadas, tanto si estamos estrechamente implicados en la situación como si solo somos vagamente conscientes de ella. Los medios de información que utiliza el antropólogo, así como los modos de argumentación y las formas de escritura a las que recurre, son los de muchos especialistas, como policías y jueces, periodistas de investigación, investigadores de organismos públicos y, de manera más informal, los de todo el mundo en todo tipo de situaciones cotidianas.

Así pues, algunas de las investigaciones más importantes realizadas por los antropólogos se basan en preguntas corrientes y utilizan modos de información y análisis que todo el mundo utiliza de forma más o menos intuitiva o rigurosa. Este puede ser el caso de los acontecimientos que tienen lugar a nivel de un barrio, un país o una región del mundo. ¿Qué ocurrió para que los ciudadanos de un pueblo de Argentina prendieran fuego a edificios oficiales y a las casas de los representantes electos (Auyero, 2003)? ¿Cómo explicar las secuencias de violencia entre los jóvenes de varios países sudamericanos y de muchos barrios estadounidenses (Bourgois, 2001; Rodgers, 2007; Auyero *et al.*, 2015)? ¿Cómo

² Como han señalado filósofos e historiadores de la ciencia (Hacking, 2000; Williams, 2002; Boghossian, 2006), y como atestigua la capacidad de las investigaciones más convincentes para refutar las ideas preconcebidas, los simulacros de la verdad y la propaganda escenificada (Dalton, 1959; Altheide & Johnson, 1979; Berthaut, 2013).

³ Bajo apelaciones distintas, tales modalidades de investigación y principios de comprensión son muy similares en la práctica, más allá de las diferencias derivadas de la historia de las ciencias sociales, de las formas de distinción y competencia entre centros de investigación y universidades de una misma área cultural, y de las influencias y tradiciones académicas propias de cada país.

es la vida cotidiana en las zonas donde se enfrentan el ejército y las milicias de la droga en algunas partes de México y Venezuela (Blasquez, 2022; Zubillaga & Bracho, 2021)? ¿Por qué un sector de clase trabajadora y de zonas rurales votan por candidatos con opiniones extremistas en Estados Unidos y Europa (Hochschild, 2016; Challier, 2020)?

En lugar de describir y explicar acontecimientos a gran escala, otras investigaciones se centran en individuos conocidos de cerca y a lo largo del tiempo. ¿Cómo entender que adolescentes o jóvenes adultos de Lima, Tánger o en otros lugares, ofrezcan sexo a cambio de dinero sin estar forzados por un tercero a ello (Cavagnoud, 2013; Cheikh, 2009)? ¿Cómo se acepta que un hermano se convierta en un delincuente encarcelado de por vida (Wideman, 1984) o que un buen amigo abandone su tratamiento y muera de sida (Bizeul, 2018)? ¿Por qué una mujer percibida como loca se encuentra abandonada en condiciones de enfermedad, decadencia y hambre en medio de otros seres humanos en un rincón de Brasil (Biehl, 2005)? Más trivialmente, ¿por qué las parejas se rompen, a veces con saña?, ¿por qué los pobres de todo tipo solo tienen la calle y lugares miserables para vivir?, ¿cómo es el estilo de vida de los ricos?, ¿en qué consiste ser pobre?, ¿cómo perciben su situación los empleados subalternos?, ¿cómo se organizan las relaciones en un pueblo o en un barrio?, ¿qué significa ser mujer en una profesión de hombres, o ser quechua, negro, árabe, musulmán o gitano en una sociedad con fama de intolerante y racista?

En otras palabras, no hace falta ser antropólogo o historiador para sentirse autorizado a afirmar y explicar. El historiador Carl Becker (1968 [1932]) proclamó que todo el mundo tiene derecho a volverse historiador; mientras que los sociólogos de orientación fenomenológica nos instan a investigar según los principios del conocimiento ordinario, basado principalmente en la experiencia (Schatzman & Strauss, 1973; Douglas & Johnson, 1977; Vidich & Lyman, 1994). Estén o no de acuerdo, los investigadores en ciencias sociales no tienen ningún privilegio estatutario ni medio de autoridad que obligue a reconocer la solidez de sus relatos y análisis, salvo en círculos estrechos, sobre todo académicos. Las preguntas y sospechas que se ejercen en la vida ordinaria ante un relato local son también aplicables a los escritos de científicos sociales.

Por eso es necesario volver al actor decisivo, en este caso a la persona particular que es cada antropólogo o antropóloga. En la primera parte de este artículo explicaré por qué es importante informar a los lectores sobre la maquinaria emocional, intelectual y moral del autor o autora de la etnografía y del texto científico resultante. En la segunda parte, examinaré algunos de los parámetros

de la relación etnográfica, de la cual se deriva la propia calidad de los resultados, recordando que esta relación consiste en una suerte de emparejamiento más o menos favorable o desafortunado entre un contexto social definido y un antropólogo concreto, hombre o mujer, joven o viejo, blanco o de otro color de piel, seguro de sí mismo o intimidado. En la tercera, utilizando el ejemplo de mi etnografía sobre el Frente Nacional, un partido de extrema derecha en Francia, ahora poderoso, en cuyo seno realicé una investigación de participación directa a lo largo de tres años, desde mediados de 1996 hasta mediados de 1999, mostraré que sacar a la luz los ingredientes propios del etnógrafo, en los cuales se mezclan acontecimientos biográficos y experiencias con repercusiones de por vida, es una empresa que choca con los límites de lo que es moral y políticamente permisible dentro del mundo académico en un momento dado, algo de lo que es más fácil escapar con un estatus académico seguro y a una edad avanzada.

LA MAQUINARIA EMOCIONAL, INTELECTUAL Y MORAL PROPIA DEL INDIVIDUO PARTICULAR QUE ES CADA ANTROPÓLOGO O ANTROPÓLOGA

Como antropólogos, impulsados por ideales compartidos por el erudito y el filósofo, estamos sujetos a una promesa de verdad sobre el mundo social y, más en general, sobre la especie humana. Esta es la base de nuestra reivindicación de ser escuchados y reconocidos como grupo profesional, con estatutos de deontología y comités de ética, del mismo modo que lo reivindican sacerdotes o médicos en otros campos. El calificativo de ‘científico’ puede ser usado para describir este ideal, aunque esto se haya vuelto embarazoso, porque a veces se utiliza para volver indiscutibles análisis que están alineados con una causa humanista o política.

¿Cómo podemos averiguar lo que ocurrió realmente? ¿Cómo establecer la realidad de los hechos detrás de los testimonios o a partir de archivos? ¿Cómo comprender adecuadamente los factores emocionales y mentales que subyacen a un determinado comportamiento? Estas son las preguntas obsesivas y fundamentales a las que se enfrentan antropólogos e historiadores (Dean & Whyte, 1969; Deutscher, 1966; Douglas, 1976; Ginzburg, 1997). También son preguntas que no pueden dejar de plantearse los lectores de sus obras, sobre todo si las descripciones no corresponden a su recuerdo de los mismos hechos, o a su experiencia del entorno representado, o incluso a la idea que tienen de él a través de otras lecturas o discursos. En otras palabras, las preguntas llenas de duda que el

antropólogo se plantea sobre los relatos de otras personas también se aplican a sus propios relatos como testigo directo, así como a la reproducción que él hace de los relatos de otras personas y a la visión conjunta que se extrae de sus textos.

Investigar y escribir significa enfrentarse a estas incertidumbres. Significa igualmente admitir una cierta dosis de azar e imponderabilidad en el resultado de la investigación. Sería artificial no decir nada de esto a los lectores, dándoles la imagen de un antropólogo que penetra en el mundo social con aplomo y determinación, y cuyo relato no debe nada a la particularidad de los vínculos surgidos entre él y los demás, ni a su propio ángulo de visión. Las modalidades concretas de este vínculo con los demás, de las cuales deriva la existencia del material empírico, no son más que la dimensión más visible y la más simple a relatar del trabajo de investigación. Esta dimensión es indisociable de aquella propiamente intelectual, la cual debe mucho también a los azares de moldeamientos en la infancia, las trayectorias y los lugares de formación, además de la influencia del estado del mundo académico y de las ciencias sociales, del clima moral y político del momento (Bourdieu, 2001). Del mismo modo que cambiar de interlocutor obliga a modificar la percepción de una cultura, como señalaba Edward Sapir (1967), cambiar de antropólogo también conduce a una versión diferente de la misma realidad, a veces en puntos importantes, como atestiguan las contrainvestigaciones de carácter crítico y las investigaciones realizadas por autores de diferente perspectiva, filosofía del mundo o sensibilidad.⁴

¿Cómo conocemos y logramos dar una existencia a lo que decimos conocer y que presentamos como la verdad sobre el mundo social, al menos sobre ciertos aspectos o sectores del mismo, o, incluso, sobre la especie humana? Una forma habitual de responder a esta pregunta es presentar informaciones que pueden calificarse de metodológicas: ¿cuántas entrevistas se realizaron y con quién? ¿Qué lugares se visitaron y con qué regularidad? ¿En qué actividades participó el antropólogo y cómo fue percibido? Algunas anécdotas dan una idea. ¿Hubo colaboraciones o amistades? La narración de algunas situaciones puede dar fe de ello.

Por útiles que sean, estas informaciones representan una respuesta minimalista, la cual nada dice sobre la maquinaria emocional, intelectual y moral propia del individuo particular, insustituible de forma equivalente, que es un antropólogo

⁴ Ver Gartrell (1979) y Rhani (2019, pp. 155-157) sobre las investigaciones conducidas en Marruecos por Geertz (1995) y Gellner (1981), las cuales no prestaron atención a masacres y torturas. Ver Hammersley (2016) y Tcherkésoff (1997) sobre análisis divergentes sobre una misma población, Tepoztlán (Redfield vs. Lewis) y Samoa (Mead vs. Freeman), respectivamente.

definido en función de los vínculos que entabla con los demás, vínculos variables de un interlocutor a otro y susceptibles de cambiar de un momento o de un contexto a otro, como puede ser el caso de vecinos, colegas o amigos. Tampoco dicen tales informaciones sobre sus evasiones y afinidades, de sus vergüenzas y extravíos, de sus puntos ciegos e ideas fijas, que guían el contenido del material empírico y las líneas implícitas de análisis que orientan el texto etnográfico. El trabajo de escritura tiene el mágico poder de transmutar en una obra coherente y convincente, casi indiscutible, lo que en realidad se basa en múltiples imponderables, algunos de los cuales provienen de la faceta personal del investigador.

Preocuparse en saber si nuestros interlocutores dicen la verdad, si los archivos son fieles a los eventos, si los datos administrativos son fiables, por decisivo que sea, deja a menudo de lado al actor principal, a la persona que investiga y escribe, y el consiguiente cuadro de realidad descrito. Este era un punto ciego de la investigación y la escritura hasta los años 1950, y a veces todavía lo es. Lejos de poseer la cualidad de realidad objetiva que sería independiente de la mirada humana, las observaciones de campo deben entenderse como «vinculadas a la personalidad del observador, a sus experiencias, y a sus acciones sobre el campo» (Nash & Wintrob, 1972, p. 529), tal como los antropólogos han insistido durante mucho tiempo.

De ahí esta exigencia a los antropólogos, ahora calificada como reflexividad, de ser conscientes de los efectos de su inclusión en la vida de los demás y de las especificidades de su visión en los resultados de investigación (Guber *et al.*, 2012). Afin al autoanálisis, esta forma de lucidez, por muy deseable que sea, obligando a cada uno a desentrañar por sí mismo aquello que proviene de su ser perceptor y emocional, sigue siendo sin embargo un ejercicio sin protocolo ni modelo. La sencilla y luminosa formulación de un novelista francés, Jean Giono (1971), resume la dificultad: «Me he esforzado por describir el mundo, no tal como es, sino cómo es cuando yo me añado a él, y esto evidentemente no lo simplifica» (p. 567). Un enunciado similar es aquel de Pierre Bourdieu (2001), quien, sin embargo, lo aborda desde un ángulo erudito y alejado de la experiencia individual: «Sé que estoy tomado por e incluido en el mundo que tomo como objeto [de investigación]» (p. 221). A falta de un modelo o de un protocolo, los antropólogos disponen de escritos reflexivos realizados por quienes les han precedido desde hace unos cien años, lo cuales aportan múltiples puntos de esclarecimiento. También es habitual que los antropólogos recurran a sus amigos y colegas cercanos para realizar esta labor de autorreflexión, como se desprende de los agradecimientos, a menudo compuestos por varias decenas de nombres (véase Bourgois, 1995) que figuran en los márgenes de las publicaciones.

ANTROPÓLOGOS SOCIALMENTE MOLDEADOS Y SUJETOS A LOS LÍMITES DE LA EXISTENCIA SOCIAL

Más allá de los muchos puntos a tener en cuenta, asimilables a parámetros de la situación etnográfica, hay dos que revisten una importancia inmediata porque determinan desde el principio la forma en que se llevará a cabo un trabajo de campo, o incluso si este podrá existir. El más incontrolable de estos parámetros son las características físicas del antropólogo o antropóloga, como le ocurre a todo el mundo en la vida cotidiana. Por muy dispuesto que esté por participar en las actividades específicas de hombres y mujeres de la misma comunidad, de jóvenes afrodescendientes de periferias urbanas y de blancos europeos distinguidos, de gente marginada y personas mejor establecidas, o por muy deseoso que esté en forjar lazos de confianza con enemigos políticos o religiosos, incluso con rivales funcionales, como policías y traficantes, depredadores y víctimas, el principio de barreras y jerarquías de la existencia social le es recordado constantemente al antropólogo. Con regularidad, se le asocia a lo que él o ella transmite en función de sus características.

Dependiendo de la composición del entorno frecuentado, existen determinados límites y marginaciones, o facilidades de entendimiento que se establecen al antropólogo, restringiendo o fomentando su desenvolvimiento relacional. Por ejemplo, una mujer joven sola en un entorno masculino es probable que reciba señales de interés sexual, lo que puede ser una ventaja (Horowitz, 1986; Milhé, 2020), o puede llegar a ser opresivo, rayando en el acoso, según las circunstancias (Gurney, 1985; Kulick & Willson, 2004; Monjaret & Pugeault, 2014). El hecho de aproximarse al estereotipo social de indio, afroamericano, árabe (Venkatesh, 2009; Stuart, 2016; Boukir, 2018), blanco, pero en relación con una mujer puertorriqueña o blanca con un hombre antillano (Bourgois, 1995; Rabaud, 2013), facilita la inserción en grupos sociales no-blancos implicados en actividades ilegales, desconfiados ante extraños y propensos a la violencia física. A la inversa, es preferible ser blanco para realizar trabajo de campo en grupos de extrema derecha (Aho, 1990; Hochschild, 2018; Avanza, 2018), así como resulta conveniente utilizar en campo el apellido francés de la madre si uno tiene un apellido paterno de origen argelino (Boumaza, 2001), tanto más si uno lleva un apellido judío (Ezechiél, 2002). Además de ser blanco, un aspecto viril y un cuerpo entrenado son aspectos ventajosos para una investigación encubierta en los *Identitaires*, partidarios de una Francia blanca que exigen a sus miembros una aptitud para el combate físico (Bouron, 2019). El momento biográfico de realizar

una tesis, cuando los estudiantes son jóvenes, es a menudo una ventaja, ya que ofrece la imagen de candidez, suscitando en los demás un deseo de ayudar; de ahí su denominación como «estudiantes-trojanos» por Jack Douglas (1976, p. 164). Sin embargo, contrariamente a los estereotipos e inquietudes ligadas a un entorno concreto, poseer rasgos que parecen contraindicar un campo de investigación puede compensarse o mitigarse con otros rasgos. Por ejemplo, un antropólogo de piel morena fue aceptado por la AfD, una organización alemana hostil a inmigrantes y a personas no blancas (Deodhar, 2022); mientras que las mujeres antropólogas han encontrado formas de salirse del papel que se les asigna en campo por su género (Hunt, 1984; Gallenga, 2007).

Así, una serie de preguntas imbuidas de un elemental sentido del realismo se imponen a los antropólogos y antropólogas antes de realizar un trabajo de campo, en función de sus características físicas y expresivas: ¿qué obstáculos y peligros pueden existir debido a la naturaleza específica del entorno a estudiar? Una vez en el campo, ¿qué afinidades facilitan que unos se vinculen al antropólogo y qué sospechas hacen que otros lo marginen o amenacen, llevándole a ignorarlos y a protegerse de ellos? ¿Qué puntos ciegos, incluso de orden íntimo, y qué marcos mentales, políticos y morales emanan durante el trabajo de observación? ¿Qué perturbaciones y riesgos físicos son aceptables para uno mismo y para sus próximos, en especial cuando estos se encuentran potencialmente implicados en la investigación, por ser esta realizada en su compañía o cerca de la casa del antropólogo?

Aunque promovida por varios manuales de trabajo de campo y reforzada por los comités de ética, la idea de que le bastaría con explicarse, presentar y ofrecer garantías académicas es poco realista en muchas situaciones de investigación. Se pone de manifiesto, al menos, la inconveniencia de la llegada de un extraño presentándose como inofensivo y pretendiendo volverse miembro del grupo o de la comunidad. Admitir a un extraño, responder a sus preguntas, implica identificar sus intenciones: ¿cuál es su interés?, ¿quién le envía?, ¿de qué lado está?, ¿qué consecuencias puede acarrear su presencia?

Apenas llegado a un caserío andino de Perú afectado por un proyecto minero, Martín Cavero Castillo (2023, 2024, pp. 53-62) se enfrenta públicamente a preguntas poco amables: ¿lo envía la empresa minera? ¿intenta él averiguar quién apoya el proyecto y quién se opone para realizar un informe a pedido de quién? Pocos días después, cuando una familia le acoge en una casa y estando convencido de que se ha ganado su confianza, una conversación escuchada desde el baño situado al exterior de la casa le hace comprender que él es identificado como un

representante de autoridades nacionales o empleado de dirigentes empresariales. Al querer instalarse en un caserío indígena en Colombia, Inés Calvo Valenzuela (2023) tiene que demostrar que no está en el mismo bando que otros antropólogos llegados unos años antes. Varios de ellos, empleados de la empresa minera, habían cuestionado la autenticidad étnica de los aldeanos, lo que equivalía a negar su derecho ancestral a la tierra y a validar los proyectos de la empresa.

Los habitantes andinos pueden estar acostumbrados a ver jóvenes de rasgos delicados procedentes de Europa, de Estados Unidos o de alguna de las ciudades universitarias del país, diciéndose estudiantes y mostrándose agradables. En cualquier caso, tienen motivos para desconfiar: ¿es un enviado de una ONG que incita a las comunidades locales a rebelarse contra un proyecto minero, alguien cercano a la empresa o al poder político, aliado de una facción favorable u hostil al proyecto? Digamos lo que digamos y hagamos lo que hagamos, afirmó certamente en una ocasión Howard Becker (1967), somos percibidos como estando de un lado o del otro, e inevitablemente lo estamos debido a un orden social desigual formado por individuos y grupos con intereses y visiones del mundo antagónicos. A menudo es imposible, y peligroso, frecuentar al mismo tiempo individuos o grupos obstinados a hacer prevalecer sus posiciones. Esto es algo que se impone rápidamente como evidencia a Bruno Hervé (2019, pp. 14-15) y a Kyra Grieco (2023) al momento de investigar sobre proyectos mineros en Perú. Ambos son cercanos a los opositores, pero tienen que evitar, sea para el primero de ser visto públicamente en buenos términos con miembros de una ONG hostil a proyectos mineros, o para la segunda de aparecer en televisión junto a un grupo de opositores, so pena de arruinar cualquier posibilidad de entrevistar a ambas partes, o incluso de ser expulsada del país.

Sin embargo, la realidad rara vez es tan categórica como podría indicar la lapidaria afirmación de Becker, salvo en un contexto de dictadura, guerra civil, radicalización política, intransigencia empresarial o sindical. Durante las investigaciones sobre la minería, los momentos en los que el curso de los acontecimientos parece incierto, dando lugar a temores de expulsión o confinamiento en uno de los bandos, son habitualmente provisionales. La mayoría de los investigadores en este ámbito han podido entablar relaciones de confianza con personas de bandos opuestos en caseríos y familias, han dialogado con autoridades de distintos niveles y han entrevistado a miembros de la empresa, fuera de forma oficial o fuera del alcance de miradas ajenas. Además de los encuentros fortuitos y las simpatías, entran en juego otros dos factores. Por un lado, las estancias repetidas o de larga duración en el campo, permitiendo tanto la instalación del antropólogo

en localidades afectados diferentemente por el proyecto minero como la frecuentación de familias con puntos de vista opuestos, lo cual se le ve facilitado por gestos de proximidad hacia las familias, como su ayuda en las tareas escolares de sus hijos o su participación en un culto religioso. Por otro lado, la necesidad impuesta a cada uno de acomodarse, sea cual fuere la diversidad de intereses y puntos de vista, para evitar el conflicto abierto dentro del mismo espacio relativamente circunscrito donde todos se conocen y se codean, y en el cual se entrecruzan lazos familiares.

De igual modo que los índices formales de científicidad, destinados a los iniciados, y siempre recusables, es la inclusión en el relato de la investigación de sus acciones y sus vínculos con los demás, que pueden cambiar de una época a otra o de un momento a otro, lo que ayuda al lector a formarse un juicio sobre la honradez de la investigación y la exactitud del análisis. Este puede identificarse con el antropólogo o antropóloga, seguir mentalmente sus pasos, sin tener que fiarse de afirmaciones de verdad de las cuales no se sabe cómo se produjeron ni qué alcance real tienen. De ahí el deber de explicitación dirigido al lector, o, más exactamente, a los lectores con expectativas y puntos de vista diferentes, a menudo opuestos. ¿Cómo hizo el antropólogo para ser admitido, entrar en contacto con los demás, observar y tratar de comprender, acceder a los documentos y, en última instancia, saber lo que dice saber? ¿Tuvo cuidado de considerar la diversidad de situaciones y puntos de vista, incluso en contra de sus propias convicciones, como Hortense Powdermaker (1966, p. 198) dice que hizo en la situación de *apartheid* racial en Misisipi en la década de 1930, esforzándose de alcanzar una proximidad tanto con los morenos como con los blancos, tanto con los ricos como con los pobres? Pero, ¿es tan sencillo? ¿Basta con dejarse llevar por un principio de equidad para dar cuenta con precisión de la realidad tumultuosa, brutal y a menudo confusa de los mundos observados? ¿Es siquiera concebible alcanzar una posición de equilibrio situándose a distancia de los conflictos? ¿Y cómo podemos estar seguros de que nos hemos acercado lo suficiente, al punto de experimentar en carne propia la vergüenza de una violación, el placer de atorrizar, la exaltación religiosa o la determinación de matar, los cuales alteran los vínculos más ordinarios (Barrios & Schiavoni, 2019; Katz, 1990; Rosaldo, 1993; Foa, 2021)?

LOS INGREDIENTES FAMILIARES, POLÍTICOS Y EMOCIONALES DE UNA INVESTIGACIÓN EN UN PARTIDO DE EXTREMA DERECHA

En varias publicaciones basadas en mis investigaciones, describo mis reacciones y reflexiones en determinadas situaciones, doy información sobre mi trayectoria y los diversos acontecimientos que me han afectado, y doy cuenta de puntos ciegos de los que tomé consciencia tardíamente. Esta forma de relatar la investigación o, más exactamente, de retener de ella momentos esclarecedores para ofrecer a los lectores una visión de mi propia maquinaria emocional, intelectual y moral, no me resultó natural. Me vino tardíamente, cuando tenía casi cuarenta años, a raíz de un estudio realizado entre 1983 y 1993 sobre las poblaciones gitanas del oeste de Francia, denominadas habitualmente como «gente de viaje» o «viajeros». Se trata de familias que viven en caravanas y se desplazan de una zona a otra, obligadas a detenerse en lugares indicados o instalándose en lugares improvisados de los que son expulsadas, algunas de estas familias teniendo actividades y formas de vida que las hacen sospechosas, lo cual provoca conflictos con residentes locales y distintas autoridades. Para esta investigación, encargada por asociaciones trabajando con estas poblaciones, me propuse preguntar a una diversidad de gitanos sobre su modo de vida y su visión de las cosas, teniendo en cuenta los criterios habituales de diferenciación o antagonismo, como el sexo, la edad, la ocupación, el nivel de riqueza, el grado de adaptación al mundo sedentario y la orientación religiosa. Pero nada salió como esperaba. Los hombres me evitaban, los jóvenes se burlaban de mi proyecto, las mujeres que se llevaban bien con los empleados del lugar alababan sus acciones y criticaban a los gitanos recalcitrantes, mientras que los subgrupos temidos por su violencia y rechazados por todos ofrecían una imagen de bondad (Bizeul, 1999). Me quedé agobiado, con una sensación de cierta incompetencia.

Al mismo tiempo, a principios de los noventa, un círculo de colegas cercanos me hizo descubrir los trabajos de campo estadounidenses. Varios libros cambiaron mi forma de entender el trabajo de un antropólogo, en particular los de Rosalie Wax (1971) y Hortense Powdermaker (1966), por la sencillez y naturalidad de sus relatos, dando así materia viva a textos más elaborados y académicos que había leído antes. Me di cuenta de que los disgustos, las seducciones, los temores, las manipulaciones y los fracasos eran cosa ordinaria para los etnógrafos, tanto más en entornos con intereses y puntos de vista antagónicos, donde el investigador es sospechoso de ser aliado de unos y enemigo de otros. Me esforcé en encontrar un

ámbito de la vida social en el que llevar a cabo una nueva investigación, ahora menos ingenua y liberada de la creencia en el tecnicismo conceptual y estadístico, tal y como enseñaba *Le métier de sociologue* (Bourdieu *et al.*, 1968), entonces en boga cuando yo era estudiante. Se trató de una investigación de inmersión directa, que comenzó en abril de 1996 y duró tres años y medio, en el seno del Frente Nacional, un partido de extrema derecha cuyas ideas y expresión pública eran rechazadas por la mayoría de la población francesa y condenadas por las distintas autoridades.⁵

Aunque este partido no había tenido un peso electoral real desde su creación en 1972, durante los años noventa se expandió y ocupó los titulares políticos: conquistó varias grandes ciudades del sur de Francia, como Toulon y Orange, y obtuvo escaños en los consejos regionales; una proporción significativa de la clase trabajadora votó por él, incluyendo más de una cuarta parte de los trabajadores y desempleados en las elecciones presidenciales de 1995. Era intrigante. Sin embargo, poco se sabía de sus activistas y simpatizantes, o de su funcionamiento cotidiano, y no había sido realmente estudiado desde dentro, y mucho menos por sociólogos, que temían ser intimidados, manipulados o contaminados moralmente. Para un sociólogo como yo, que había militado en el Partido Comunista y cuyo modo de existencia era todo lo opuesto, era como lanzarse a la boca del lobo.⁶

En realidad, lejos de las advertencias preocupadas de mis amigos y de la mayoría de mis colegas, rápidamente me sentí a gusto en mis relaciones con los militantes, aparte de unos pocos —*exlégionnaires*, *exskins*, miembros del

⁵ En aquella época, estaba presidido por Jean-Marie Le Pen, antiguo diputado de derechas y exparacaidista en Indochina y luego en Argelia, y estaba formado principalmente por partidarios de la Argelia francesa, hostiles a la descolonización, adeptos de la ideología nazi y partidarios del régimen de Vichy, y católicos tradicionalistas opuestos al Concilio Vaticano II. Sus principios, las declaraciones de sus dirigentes y su programa lo convirtieron en un partido hostil a los inmigrantes y a otras susodichas razas, acusador hacia los judíos y propenso al uso de la violencia, lo que dio lugar a numerosos procesos judiciales en su contra.

⁶ Muchos sociólogos han investigado posteriormente este partido, que se ha convertido en un componente decisivo de la vida política. En 2002, contra todo pronóstico, Le Pen eliminó al candidato socialista con casi el 17 % de los votos en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, lo que le permitió pasar a la segunda vuelta contra Jacques Chirac, que ganó con más del 80 % de los votos. En 2011, Marine Le Pen sucedió a su padre al frente del partido e intentó cambiar su imagen, pasando a llamarse *Rassemblement national*. En 2017 y 2022, se presentó a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, en las que obtuvo el 34 % y el 41 % de los votos, respectivamente, frente a Emmanuel Macron, que resultó vencedor. En las elecciones legislativas de 2024, celebradas tras la disolución de la Asamblea Nacional, el partido obtuvo 143 escaños de 577, lo que lo convierte en una fuerza influyente capaz de influir en la política gubernamental.

Groupe Union Défense (GUD), conocidos todos por su agresividad o acciones violentas⁷—, de cuya posible peligrosidad percibía o me habían advertido. Esta capacidad para mantener vínculos amistosos con militantes del Frente Nacional, lejos de validar la seriedad de mi investigación, se convirtió en motivo de sospecha y desaprobación por parte de colegas investigadores.

Intentar comprender lo que está en juego en la investigación, es decir, en las relaciones con otros que son a la vez próximos y ajenos, fraternales y amenazadores, obliga a un alejamiento de nosotros mismos y a abandonar nuestros arraigos sociales, al menos mientras dure la investigación. Todo conocimiento orientado hacia la verdad se construye contra uno mismo, contra las propias ignorancias y puntos ciegos, contra los conocimientos adquiridos, las rutinas de pensamiento y las creencias, contra las expectativas de un grupo o de un patrocinador de la investigación (Clair, 2022; Bizeul, 2023). Significa tener que volver, sin haber terminado nunca, a los contextos y contingencias que han condicionado la producción de este conocimiento. Alban Bensa (2017) señala que:

...la experiencia de campo, cuando esta es de fuerte inmersión, nunca termina en la medida en que nos obliga constantemente a volver a ella, en un intento de dilucidar lo que sucedió en los prolongados intercambios tenidos con las personas que conocimos... (párr. 12)

De modo que «el trabajo de campo aparece gradualmente como un ovillo de hilos estrechamente entretejidos que hay que desenredar a lo largo de años» (párr. 12). Es así que, durante mi investigación sobre el Frente Nacional, se fueron aclarando por etapas los ingredientes que me eran propios, del mismo modo que fue por etapas como escribí e informé sobre ella.

Desde el primer texto, en forma de libro publicado por una editorial reputada (Bizeul, 2003), me pareció necesario señalar a los probables lectores, y en primer lugar a colegas universitarios, qué tipo de persona era yo, formada por experiencias anteriores, acontecidas en particular en el seno de mi familia, para explicar cómo me había sido posible mantener durante tres años vínculos cordiales con militantes denunciados como racistas, reaccionarios, adeptos a la

⁷ Los *légionnaires* forman parte de la Legión Extranjera, un sector del ejército armado de Francia que recluta personas de nacionalidad extranjera y se dedica a realizar operaciones fuera del territorio francés. Los *skins* o *skinshead* en Francia están mayormente asociados a un movimiento que reivindica la supremacía de una susodicha raza blanca, si bien el origen social de este movimiento en Inglaterra es mucho más complejo, pudiendo tener una inclinación política a la extrema derecha o izquierda. El GUD es una organización estudiantil de derecha, famosa por sus acciones violentas.

violencia, invitándoles a mi casa y participando a sus actividades. Esto era tanto más necesario puesto que el libro incluye escenas en las que estoy implicado, y en ese sentido asimilable a un simpatizante, algo que nadie había hecho antes, aparte de una joven periodista cercana a los círculos trotskistas, cuyo proyecto era revelar la peligrosidad del Frente Nacional (FN), y que por ello investigaba lejos de su casa y en secreto (Tristan, 1987).

Habiendo llegado al FN con la idea de un ejercicio de observación, me encontré lidiando con acontecimientos de mi historia personal. [...] En cierto modo, estaba en terreno conocido, no tan ajeno como había imaginado, en todo caso; y había tenido la oportunidad de codearme [antes] con gente no menos sectaria o que suele irse de boca. De allí probablemente, fuera de algunas entrevistas con militantes con convicciones neonazis, que no haya sentido repulsión o inquietud en el transcurso de esta investigación; de allí también mi cuidado en transmitir experiencias y percepciones dando una imagen menos maniquea de los militantes del FN de lo que suele ser el caso.

Una parte de los militantes del FN son de hecho lo que yo fui, o al menos parecen estar en el FN con compromisos equivalentes a los que yo tuve anteriormente. Nacido en 1950 en el seno de una familia de pequeños agricultores, fui «catho tradi»⁸ hasta los veinte años y anticomunista.

Era lo normal en los decenios de posguerra para los miembros de una familia religiosa, sobre todo en un pueblo de la región de Nantes [alrededor de Nantes, en el oeste de Francia] donde la orden parroquial era omnipresente. Esto era aun más consustancial a mi persona, puesto que estaba destinado a volverme religioso y que desde los once años me encontrara en un *juvénat* [centro de formación para jóvenes que desean dedicarse a la vida religiosa]. Como para otros adolescentes de la misma época, tal era una oportunidad para estudiar y escapar del mundo campesino. En 1968, mi hostilidad hacia las revueltas y las huelgas era inequívoco. A partir de setiembre de ese año, fui profesor en un colegio católico, compartiendo la vida de tres religiosos. Uno de ellos era *pétainiste*, porque Pétain había revertido las iniquidades cometidas contra los religiosos por la República radical a principios de siglo.⁹ Otro libraba una batalla contra el párroco, quien devolvía estatuas donadas a

⁸ «Catho tradi» es la abreviatura de católico tradicionalista, una corriente que rechaza las reformas liberales del Vaticano II. De ahí el mantenimiento del uso del latín en la misa, el uso de sotana por parte de los sacerdotes, y la acción pública, a veces violenta, contra el aborto, el matrimonio para todos o la educación sexual. Una parte importante del FN estaba formada por católicos tradicionalistas.

⁹ Mariscal durante la guerra de 1914-1918, Philippe Pétain se convirtió en jefe del Estado francés cuando Alemania invadió el país en 1940. Firmó la capitulación de Francia, trasladó el gobierno a la ciudad de Vichy y aplicó una política de colaboración con el régimen nazi,

la iglesia por familias adineradas y que se negaba a diferenciar entre alumnos de escuelas privadas y públicas. Más tarde, enseñé sociología en una universidad católica. En el comedor, me cruzaba con curas con sotana cercanos al cura de Nantes o al Monseñor Lefebvre [dos figuras del catolicismo tradicionalista], mientras que otros mantenían posiciones en favor de la clase obrera y flexibles con respecto a la doctrina católica.

La frecuentación de militantes partidarios del régimen de Vichy y de ex miembros de colonias o del ejército, me llevó a recordar relatos familiares haciendo referencia a fuertes tensiones por posiciones opuestas durante la ocupación [de 1940 a 1944, por parte de la Alemania nazi] o respecto a De Gaulle [líder del movimiento político Francia libre, desde su exilio en Londres, llegando a ser luego el presidente del Gobierno Provisional de Francia entre 1944 y 1946]. Uno de mis tíos abuelos era proalemán, sin duda por terror al comunismo, y por este motivo le apodaban ‘Louis el Germano’ en la congregación de la que era uno de los líderes. Según me contaron, entre mi padre y un tío, ambos miembros de un maquis [grupo de resistencia a la ocupación alemana], y este tío abuelo, hubo un día una violenta discusión. Fue este tío abuelo, desaparecido cuando yo era niño, quien encargó a un religioso de mi pueblo que me acogiera bajo su tutela, atento así a ayudar a su familia y a incorporar un recluta, como podían llegar a hacer los miembros del clero. Uno de mis tíos maternos participó en las guerras coloniales de la Francia de posguerra; él se había escapado de casa de su madre para alistarse en el ejército antes de tener edad para trabajar en el campo, siguiendo el ejemplo de uno de sus propios tíos; él era definitivamente hostil a De Gaulle después de que abandonara Argelia.¹⁰ En cambio, para mis padres era natural de ser partidarios de De Gaulle, por ser adeptos de la resistencia [a la ocupación alemana]. En mi imaginación de adolescente, este tío abuelo y este tío materno representaban dos formas de éxito social y de apego al orden, por muy sucinto y distorsionado que fuera lo que yo conocía de ellos (Bizeul, 2003, pp. 46-48).

Reducidas aquí a lo esencial, estas informaciones, de las cuales cualquier científico social reconoce su importancia en el destino de las personas, representan en realidad un arma de doble filo. Aparte del deseo de transparencia, siguiendo el

persiguiendo a judíos y miembros de la Resistencia. Este periodo se conoce como la Ocupación o el régimen de Vichy.

¹⁰ Contrariamente a sus declaraciones públicas a favor de la «Argelia francesa», De Gaulle puso fin a la presencia colonial en Argelia y a la guerra subsiguiente, una vez que él estuvo de vuelta en el poder (1959-1969), frente a lo cual hubo como reacción una serie de atentados. La franja inicial del FN estaba formada por repatriados argelinos, conocidos como *pieds-noirs*, y por excombatientes en Argelia y en otras colonias francesas de ese entonces. Como sospechaba, cuando volví a ver a este tío materno durante mi investigación, él era simpatizante del FN.

ejemplo y las recomendaciones de otros sociólogos o antropólogos, aquellas informaciones demuestran que soy consciente de las influencias que he tenido, lo que me ha facilitado el establecimiento de vínculos con activistas del FN. Pero también pueden utilizarse en mi contra, levantando la sospecha de que mis antecedentes familiares me predispusieron a unirme a este partido, de modo que sea probable que mi investigación carezca de la vigilancia y del sentido crítico exigidos a un antropólogo, y que yo haya sido, en última instancia, condescendiente en mi descripción de sus militantes. En mi libro proporciono más información, explicando en particular cómo me hice comunista a los veinte años. Estas importantes informaciones, bien que sucintas, sobre mis experiencias y de la manera en que me formaron ayudan a explicar por qué no me asusté, salvo ocasiones puntuales, cuando participé en diversas manifestaciones públicas (contra la creación de una mezquita, o en apoyo a Jean-Marie Le Pen, fundador y líder del FN procesado judicialmente), distribuí comidas a los sin techo en el centro de París bajo los auspicios del partido, vendí un periódico en la fiesta anual del partido, o aseguré el buen funcionamiento de una fiesta en la sede del partido.

Por medio de muchos de sus militantes, encontré ecos de lo que yo había sido una vez de adolescente. Por un lado, un «catho tradi», denominación que no existía en ese entonces, pero que resume bien una actitud hostil al desorden social, un apego a una cierta idea de la patria, un deseo de servicio militar o misionero. Por otro lado, el estar predispuesto a un cierto radicalismo, a enfrentamientos ideológicos y tácticos similares a los que había vivido, de estudiante, en el partido comunista. En cierto modo, me encontraba en un terreno conocido, o al menos de eso estaba convencido, lo que atenuaba la disonancia ideológica y moral entre los militantes del FN y yo, en particular los de ideas extremistas, pero también me beneficiaba de una especie de comunidad afectiva tanto más tranquilizadora puesto que mis colegas investigadores desaprobaban tal investigación, esgrimiendo objeciones caricaturescas que la investigación desmentía o matizaba (Bizeul, 2019). Estuve así sometido a un condicionamiento de grupo que permaneció imperceptible para mí durante mucho tiempo, tan convencido estaba de que controlaba la situación. Condicionamiento asociado a una disminución del nivel de conciencia, por utilizar una fórmula tomada de Glaser y Strauss (1965), de las implicaciones de la ideología del partido. Me llevó tres años de escritura, salpicada de versiones percibidas como alegatos a favor del partido por parte de colegas investigadores cercanos, antes de acabar con un texto sociológicamente sólido.

Sacar a la luz los ingredientes biográficos que me eran propios durante la investigación sobre el Frente Nacional, y admitir haber estado bajo la influencia

del entorno que había frecuentado, del que tardaría mucho tiempo en liberarme, me pareció finalmente una manifestación adecuada de reflexividad. Sin embargo, esto era solo la mitad de la batalla, pues dejaba en la sombra aspectos vitales de mí mismo que pesaban en el curso de la investigación. Es habitual que los sociólogos describan su investigación de una forma que sugiera que son individuos solitarios, libres de cualquier vínculo romántico o de pareja, sin familia ni hijos, sin amigos, de manera que habría una barrera mental y emocional entre su existencia ordinaria y su actividad de investigación. Esta estaría protegida ante los deseos, ansiedades y enfrentamientos que pueblan el curso principal de su existencia, curso que permanecería inalterado por la investigación. Si bien esto puede ser posible en el caso de encuentros breves y puntuales basados en cuestionarios o entrevistas que se centran en puntos que no dan lugar a grandes perturbaciones, tal no es el caso en investigaciones que duran varios años y que ponen al antropólogo en contacto con personas que pueden ser hostiles a lo que él representa, situándolo en la intersección de grupos con intereses y visiones del mundo antagonicas, estando dispuestos a dar la batalla.

Lo que solo había insinuado en un texto sobre las decepciones de mi investigación en un entorno gitano y sobre lo que había guardado silencio en mi libro sobre los militantes del Frente Nacional, debía salir a la luz, puesto que ello fue un motivo constante que influyó en mi conducta durante la investigación. Este secreto tiene que ver con la homosexualidad, y más concretamente con el hecho de que vivía con dos hombres, uno mi pareja desde hacía unos diez años, el otro un amante más joven de ascendencia africana que había estado en la cárcel, se había prostituido y padecía de sida (Bizeul, 2018). Mi investigación se desarrolló en nuestro entorno vital habitual, incluido el departamento compartido cuando ellos no estaban, poniéndome en contacto con militantes que detestan a morenos, árabes, judíos y homosexuales, algunos de los cuales son admiradores de Hitler y sus programas de purificación, otros practican deportes de combate y poseen armas. La conciencia de un peligro para mí y para los que amo ha teñido mi investigación, orientando algunas de mis preguntas, haciéndome desconfiar de ciertos militantes, obligándome a jugar al hombre viril, incluso si, en su mayor parte, no renuncié a ninguna oportunidad de investigación compatible con mis obligaciones de profesor y mi vida amorosa. Doy cuenta de estas «lealtades incompatibles» y de las divisiones internas resultantes en un artículo en el que menciono explícitamente mi homosexualidad (Bizeul, 2007).

En el caso del estudio sobre el FN, fue cerca de casa donde conducí mi investigación, sin romper realmente con mi vida ordinaria. [...] Si hubiera sido plenamente consciente desde el principio de lo que esta situación podía implicar, y sobre todo si hubiera sido lo suficientemente razonable como para extraer las consecuencias, es probable que nunca hubiera adoptado la idea de realizar una investigación en el FN, y menos aún por inmersión. Ser gay, vivir con una pareja cuyo nombre podría sonar a judío, albergar a un moreno alto con *dreadlocks* que fuma cigarros de marihuana, era ofrecer todas las señales de un antagonismo visceral. Saber así que podían desacreditarme ha probablemente hecho pesar en mi trabajo un sentimiento de miedo y de fragilidad. Esto me quedó claro rápidamente, al principio de mi investigación, tras una entrevista con un militante que vive a pocos minutos de mi edificio.

[Junio 1996] Acabo de salir de Z. Necesito hablar con alguien. Impactado por lo que he oído y lo que implica. Este tipo declara estar dedicado a una lucha de tipo racial y se dice racista, antisemita y admirador de Hitler. Escuchando algunos de sus enunciados, que excluían la frecuentación de cualquier persona de color, rememoraba la mía con M, o J, u otros. Imaginaba sus reacciones si Z se enteraba de mis frecuentaciones, y si encima descubría que yo era un «maricón», que fornicaba con «negros» o «árabes». [...] Este joven cordial de origen acomodado tiene certezas que me hacen entrar en estado de *shock*, contrarias a mi propia sensibilidad, en oposición a mi modo de vida y a la gente con la que me relaciono. No puedo evitar pensar en la palabra ‘peligroso’ para calificarlo. Siento que para él yo podría ser una «mierda», considerarme como repugnante, quizás incluso alguien ideal para ser eliminado si algún día él pudiera llevar sus ideas hasta las últimas consecuencias. Con miedo de estar sometido, a pesar mío, a pensamientos similares a los de Z, de ver a M como un ‘macaco’ cuando él me irrita por la noche y en los días siguientes, de rechazar las «bazofias» del rock, del jazz, del reggae y de la pintura contemporánea, de negar mi propia homosexualidad o hacer de ella una enfermedad de la que soy víctima. En el carro por la ruta N 12 [entre París y Dreux] al anochecer, una fracción de ausencia, y a punto de pasar a un segundo plano, tan conmocionado que estoy. En realidad, el objetivo de Z es la ‘limpieza étnica’, aunque no utilice el término, e incluso si evocarlo para Francia genere sobresaltos.

Tras esta reunión, pasé varios días preguntándome si debía detener esta investigación, que aún estaba en sus inicios. Eran la vida de mis seres queridos, y a lo que más aprecio, que se ponía en tela de juicio y era amenazado a través de tales comentarios. Uno de mis amigos me había asegurado que estaban eliminando físicamente a personas molestosas, otros que podían atacar a mis allegados para intimidarme o vengarse de mi estudio; me vinieron a la mente escenas de películas, en particular las de un filme en el que Dustin Hoffman

es perseguido por antiguos nazis (se trata de *Marathon Man*). Rápidamente, sin embargo, entré en razón. Los militantes de este tipo seguramente eran minoría, me dije a mí mismo; ellos aprovechaban tales oportunidades para llamar la atención y así lograr una mayor influencia (Bizeul, 2007, párr. 14).

Para explicar la relativa facilidad con la que he podido relacionarme con militantes del FN, incluidos los más virulentos y predispuestos a la violencia, he recurrido a mi trayectoria social. Parezco ignorar el miedo, el asco y las eventuales seducciones. Una vez más, se trata solo de una verdad a medias, que retoma líneas de análisis convencionales, dejando en el olvido los movimientos poco controlables de los cuales es legítimo saber cómo interfirieron en los objetivos de la investigación y en la exactitud de su redacción. Por muy honesto que sea mi relato, sigo estando en parte en la postura de aquel que ha mantenido un control ininterrumpido sobre sus afectos y reacciones. En realidad, fui seducido por algunos militantes del FN que podrían haber sido vecinos, compañeros de deporte o miembros de mi familia, sean hombres jóvenes de ojos risueños y de palabra insolente, o mujeres jóvenes amables y distantes de entornos burgueses. Con la misma claridad, he sentido aversión hacia hombres y mujeres pronunciándose de manera grosera, obscena o tóxica. En el libro, guardo silencio sobre momentos de preocupación, de afinidades mutuas y ensoñaciones de flirteo, sin querer dar pie a la sospecha de haber estado rehén del miedo (según el cliché del síndrome de Estocolmo) o, peor aún, de haber caído ante los encantos de unos cuantos jóvenes. En cambio, explico las señales de seducción hacia mí de mujeres mayores, en absoluto comprometedoras, dando la imagen de escenas naturales en las que soy parte (Bizeul, 2025).

CONCLUSIÓN

Una forma de remediar la artificialidad sostenida en los textos fruto de investigaciones de campo, la cual otorga a la realidad observada un sentido de coherencia y necesidad alejado de la experiencia ordinaria, a menudo marcada por la incertidumbre y la confusión, lleva a entrelazar la línea narrativa y argumentativa. Esta toma como punto de apoyo el material empírico, cotejándolo con estudios existentes, y sigue la lógica estrictamente investigativa que explicita el conjunto de pasos dados por el investigador, con sus ideas, vínculos, dudas, astucias y afectos que varían según la situación y los encuentros, a medida que avanza la investigación. El antropólogo es así llevado de regreso a su condición de ser humano, al

igual que los demás, y, por muy específico que sea su objetivo de conocimiento, el trabajo que lleva a cabo se vuelve más accesible, más comprensible, cuando se conecta con lo que cada uno tiene de experiencia, por parcial que sea, o de idea, por errónea que sea. Esto permite al lector identificarse con el investigador, seguir en cierto modo sus pasos, y así comprender mejor cómo el resultado escrito ha sido obtenido. Puede aceptar las pruebas y los argumentos, así como el proceso por el que se llegó a ellos, pero puede también cuestionar su veracidad o imparcialidad, juzgando, por ejemplo, que el investigador fue ingenuo o sesgado.

No obstante, el deseo del antropólogo o antropóloga por mostrar a los lectores cómo ha realizado concretamente su investigación de campo, y en particular de dar a conocer aquello que tiene que ver consigo mismo en términos de ideas y relaciones facilitadas o frustradas, entraña una serie de dificultades enredadas. Primero, es imposible decirlo todo, contar la historia en detalle, es decir, es imposible dar acceso completo a cientos de páginas de diarios de campo. Esto sería impublicable, tedioso para los lectores y engañoso, al sugerir que se tratan de una réplica fiel de la realidad. Luego, el deseo de captar las particularidades de la faceta personal del antropólogo en el curso de la investigación, de tomar conciencia de las propias determinaciones e influencias, de admitir los propios temores y deseos, conduce a una búsqueda incierta, y en parte insoluble, que ni los intercambios entre colegas ni la consulta asidua de un psicoanalista bastan para desentrañar. Y, más aún, hacer públicos afectos y pensamientos alejados de la moral ordinaria, por banal que este sea, o cercanos a las pasiones de una época anterior convertidas en condenables unas décadas después, equivaldría a apartarse de los principios académicos de buena conducta y a romper demasiado bruscamente con el ideal de humanismo universal, hoy calificado como ético, que se espera de un antropólogo. Es, pues, un ejercicio excesivamente delicado, que pone en juego la propia reputación, y para el cual no existe ningún modelo, al que se invita a todo antropólogo bajo el término de reflexividad.

REFERENCIAS

- Aho, J. (1990). *The Politics of Righteousness. Idaho Christian Patriotism*. University of Washington Press.
- Altheide, D., & Johnson, J. (1979). *Bureaucratic Propaganda*. Allyn & Bacon.
- Auyero, J. (2003). *Contentious Lives. Two Argentine Women, Two Protests, and The Quest for Recognition*. Duke University Press.

- Auyero, J., Bourgois, P., & Scheper-Hughes, N. (Eds). (2015). *Violence at the Urban Margins*. Oxford University Press.
- Avanza, M. (2018). Plea for an Emic Approach Towards «Ugly Movements»: Lessons from the Divisions within the Italian Pro-Life Movement. *Politics and Governance*, 6(3), 112-125. <https://doi.org/10.17645/pag.v6i3.1479>
- Barrios, R., & Schiavoni, L. (2019). Testimonios de lo indecible. Apuntes para pensar la narratividad del dolor. *Folia Historica del Norte*, 35, 51-68. <https://doi.org/10.30972/fhn.0352997>
- Becker, C. (1968 [1932]). Everyman his Own Historian. En R. Winks (Ed.), *The Historian as Detective. Essays on Evidence* (pp. 5-23). Harper & Row.
- Becker, H. (1967). Whose Side are We On? *Social Problems*, 14(3), 239-247. <https://doi.org/10.2307/799147>
- Bensa, A. (2017). L'ethnographe inclus : conversions d'intelligibilité en Nouvelle-Calédonie kanak. En M. Blondet & M. Lantin (Dirs.), *Anthropologies réflexives* (pp. 57-70). Presses universitaires de Lyon.
- Berthaut, J. (2013). *La banlieue du « 20 heures »*. *Ethnographie d'un lieu commun journalistique*. Agone.
- Biehl, J. (2005). *Vita. Life in a Zone of Social Abandonment*. University of California Press.
- Bizeul, D. (1999). Faire avec les déconvenues. Une enquête en milieu nomade. *Sociétés contemporaines*, 33/34, 111-137.
- Bizeul, D. (2003). *Avec ceux du FN. Un sociologue au Front national*. La Découverte.
- Bizeul, D. (2007). Des loyautés incompatibles. Aspects moraux d'une immersion au Front national. *SociologieS*. <https://doi.org/10.4000/sociologies.226>
- Bizeul, D. (2018). *Martial, la rage de l'humilié*. Agone.
- Bizeul, D. (2019). Reporting the «Good Deeds» of Far-Right Activists. En E. Toscano (Ed.), *Researching Far-Right Movements. Ethics, Methodologies, and Qualitative Inquiry* (pp. 75-89). Routledge.
- Bizeul, D. (2021). La citation comme technique de persuasion et comme preuve. Comment nous utilisons le matériel documentaire dans les textes ethnographiques. *Cambouis*. <https://doi.org/10.52983/crev.vi0.97>
- Bizeul, D. (2023). Martial, son ami-sociologue, et l'inquiétude d'exister. Un cas énigmatique en dépit des sciences sociales. *Recherches qualitatives, Hors-série*, 28, 108-125. <https://www.erudit.org/fr/livres/collection-hors-serie-les-actes-de-la-revue-recherches-qualitatives/faire-cas/4800co.pdf>

- Bizeul, D. (2025, en prensa). The Deceptive Truthfulness of Fieldwork Accounts. What is Worth to Tell and Wise to Conceal. *Bulletin de Méthodologie Sociologique*.
- Blasquez, A. (2022). *L'aube s'est levée sur un mort. Violence armée et culture du pavot au Mexique*. CNRS.
- Boghossian, P. (2006). *Fear of Knowledge. Against Relativism and Constructivism*. Oxford University Press.
- Boukir, K. (2018). Le « four ». Se faire confiance entre dealer et client. *Déviance et Société*, 42(1), 73-111. <https://shs.cairn.info/revue-deviance-et-societe-2018-1-page-73?lang=fr>
- Boumaza, M. (2001). L'expérience d'une jeune chercheuse en « milieu extrême ». Une enquête au Front National. *Regards sociologiques*, 22, 105-121. <https://www.regards-sociologiques.fr/n22-2001-08>
- Bourdieu, P. (2001). *Science de la science et réflexivité*. Éditions Raisons d'agir.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J-C., & Passeron J-C. (1968). *Le métier de sociologue*. Mouton/Bordas.
- Bourgois, P. (1995). *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*. Cambridge University Press.
- Bourgois, P. (2001). The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador. *Ethnography*, 2(1), 5-34. <https://doi.org/10.1177/14661380122230803>
- Bouron, S. (2019). Enquête chez les identitaires : travail sur soi, travail du corps, travail à couvert. *Terrains/Théories*, 10. <https://doi.org/10.4000/teth.2287>
- Calvo Valenzuela, I. (2023). Prendre part à la lutte ou rester au hameau : la mobilisation wayuu contre l'extractivisme. *Politika*. <https://politika.io/fr/article/prendre-part-a-lutte-ou-rester-au-hameau-mobilisation-wayuu-contre-l'extractivisme>
- Cavagnoud, R. (2013). L'intégration d'une pratique sexuelle dans l'économie informelle. La prostitution adolescente à Lima. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 3(198), 95-102. <https://shs.cairn.info/revue-actes-de-la-recherche-en-sciences-sociales-2013-3-page-95?lang=fr>
- Cavero Castillo, M. (2023). Le projet minier de Conga, au Pérou : retour sur une méthode d'enquête. *Politika*. <https://www.politika.io/fr/article/projet-minier-conga-au-perou-retour-methode-denquete>
- Cavero Castillo, M. (2024). *La tentation minière dans les Andes. Anthropologie politique des divergences morales dans les villages péruviens face au projet minier Conga* [Tesis de doctorado, EHESS].

- Challier, R. (2020). S'engager au Front national pour ne plus être des « cassos » ? Du rôle du mépris de classe dans une campagne municipale. *Sociétés contemporaines*, 3(119), 61-87. <https://shs.cairn.info/revue-societes-contemporaines-2020-3-page-61?lang=fr>
- Cheikh, M. (2009). Échanges sexuels monétarisés, femmes et féminités au Maroc : une autonomie ambivalente. *Autrepart*, 1(49), 173-188. <https://shs.cairn.info/revue-autrepart-2009-1-page-173?lang=fr&tab=texte-integral>
- Clair, I. (2022). Nos objets et nous-mêmes : connaissance biographique et réflexivité méthodologique. *Sociologie*, 13(3). <http://journals.openedition.org/sociologie/10578>
- Cru, J-N. (1930). *Du témoignage*. Gallimard.
- Dalton, M. (1959). *Men Who Manage. Fusions of Feeling and Theory in Administration*. Wiley & Sons.
- Dean, J., & Whyte, W. F. (1969). How do You Know if the Informant is Telling the Truth? En G. McCall & J. Simmons (Eds.), *Issues in Participant Observation: A Text and Reader* (pp. 105-114). Addison-Wesley.
- Deodhar, B. (2022). Inside, Outside, Upside Down: Power, Positionality, and Limits of Ethnic Identity in the Ethnographies of the Far-Right. *Journal of Contemporary Ethnography*, 51(4), 538-565. <https://doi.org/10.1177/08912416211060666>
- Deutscher, I. (1966). Words and Deeds: Social Science and Social Policy. *Social Problems*, 13, 233-254. <https://doi.org/10.1525/sp.1966.13.3.03a00010>
- Douglas, J. (1976). *Investigative Social Research. Individual and Team Field Research*. Sage Publications.
- Douglas, J., & Johnson J. (1977). *Existential Sociology*. Cambridge University Press.
- Ezechiel, R. (2002). An Ethnographer Looks at Neo-Nazi and Klan Groups. The Racist Mind Revisited. *American Behavioral Scientist*, 46(1), 51-71. <https://doi.org/10.1177/0002764202046001005>
- Foa, J. (2021). *Tous ceux qui tombent. Visages du massacre de la Saint-Barthélemy*. La Découverte.
- Gallenga, G. (2007). Ethnologue à marier. La « neutralisation » des attributs sexués en entreprise. *Ethnologies*, 29(1-2), 303-314. <https://doi.org/10.7202/018754ar>
- Gartrell, B. (1979). Is Ethnography Possible? A Critique of African Odyssey. *Journal of Anthropological Research*, 35, 426-446.
- Geertz, C. (1988). *Works and Lives. The Anthropologist as Author*. Stanford University Press.

- Geertz, C. (1995). *After the Fact: Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*. Harvard University Press.
- Gellner, E. (1981). *Muslim Society*. Cambridge University Press.
- Ginzburg, C. (1997). *Le juge et l'historien. Considérations en marge du procès Sofri*. Verdier.
- Giono, J. (1971). *Œuvres romanesques complètes, tome VIII*. Gallimard.
- Glaser, B., & Strauss, A. (1965). *Awareness of Dying*. Aldine.
- Grieco, K. (2023). Entre la surveillance et la médiatisation : visibilité et invisibilité en terrain minier (Cajamarca, Pérou). *Politika*. <https://www.politika.io/fr/article/entre-surveillance-mediatisation-visibilite-invisibilite-terrain-minier-cajamarca-perou>
- Guber, R., Milstein, D., & Schiavoni, L. (2012). La réflexivité ou l'analyse de données. Trois anthropologues de terrain. *Recherches qualitatives*, 31(3), 130-154. <https://doi.org/10.7202/1084716ar>
- Gurney, J. (1985). Not One of the Guys: The Female Researcher in a Male-Dominated Setting. *Qualitative Sociology*, 8(1), 42-62. <https://doi.org/10.1007/BF00987013>
- Hacking, I. (2000). *The Social Construction of What?* Harvard University Press.
- Hammersley, M. (2016). Reflections on the Value of Ethnographic Re-Studies: Learning from the Past. *International Journal of Social Research Methodology*, 19(5), 537-550. <http://doi.org/10.1080/13645579.2015.1056578>
- Hervé, B. (2019). *Gouverner le territoire et ses Hommes en contexte minier. Anthropologie de la cohabitation entre la communauté paysanne de Fuerabamba et le projet minier Las Bambas au Pérou (2003-2015)* [Tesis de doctorado, EHESS].
- Hochschild, A. (2018). *Strangers in their Own Land. Anger and Mourning on the American Right*. The New Press.
- Horowitz, R. (1986). Remaining an Outsider. Membership as a Threat to Research Report. *Urban life*, 14(4), 409-430. <https://doi.org/10.1177/0098303986014004003>
- Hunt, J. (1984). The Development of Rapport Through the Negotiation of Gender in Field Work Among Police. *Human organization*, 43(4), 283-296. <https://www.jstor.org/stable/44126380>
- Katz, J. (1990). *Seductions of Crime*. Basic Books.
- Kulick, D., & Willson, M. (Dirs.) (2004). *Taboo: Sex, Identity, and Erotic Subjectivity in Anthropological Fieldwork*. Routledge.
- Lubet, S. (2018). *Interrogating Ethnography. Why Evidence Matters*. Oxford University Press.

- Milhé, C. (2020). *Le mystère de la cagoule. Enquête bolivienne*. Anacharsis.
- Monjaret, A., & Pugeault, C. (2014). *Le sexe de l'enquête. Approches sociologiques et anthropologiques*. ENS Éditions.
- Nash, D., & Wintrob, R. (1972). The Emergence of Self-Consciousness in Ethnography. *Current Anthropology*, 13(5), 527-542.
- Powdermaker, H. (1966). *Stranger and Friend. The Way of an Anthropologist*. Norton & Company.
- Rabaud, A. (2013). L'emprise du terrain. Retour sur les non-dits d'une expérience éprouvante. En A. Benveniste (Dir.), *Se faire violence. Analyses des coulisses de la recherche* (pp. 31-77). Téraèdre.
- Rhani, Z. (2019). Dire la violence au Maroc. Silences, réconciliation et témoignages. En K. Hadj-Moussa (Dir.), *Terrains difficiles, sujets sensibles. Faire de la recherche au Maghreb et sur le Moyen-Orient* (pp. 151-178). Éditions du Croquant.
- Rodgers, D. (2007). Joining the Gang and Becoming a Broder: The Violence of Ethnography in Contemporary Nicaragua. *Bulletin of Latin American Research*, 26(4), 444-461. <https://www.jstor.org/stable/27733963>
- Rosaldo, R. (1993). *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*. Beacon Press.
- Rousseau, F. (2003). *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru*. Seuil.
- Sapir, E. (1967). *Anthropologie*. Minuit.
- Schatzman, L., & Strauss, A. (1973). *Field Research. Strategies for a Natural Sociology*. Prentice-Hall.
- Stuart, F. (2016). *Down Out & Under Arrest. Policing and Everyday Life in Skid Row*. The University of Chicago Press.
- Tcherkézoff, S. (1997). Margaret Mead et la sexualité à Samoa. Du consensus anthropologique au débat ethnographique. *Enquête*, 5, 141-160. <https://doi.org/10.4000/enquete.1203>
- Tristan, A. (1987). *Au Front*. Gallimard.
- Venkatesh, S. (2009). *Gang Dealer for a Day*. Penguin.
- Vidich, A., & Lyman, S. (1994). Qualitative Methods. Their History in Sociology and Anthropology. En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (pp. 23-59). Sage Publications.
- Wax, R. (1971). *Doing Fieldwork. Warnings and Advice*. University of Chicago Press.
- Wideman, J. E. (1984). *Brothers and Keepers*. Holt, Reinhart and Winston.

Williams, B. (2002). *Truth and Truthfulness*. Princeton University Press.

Zubillaga, V., & Bracho, Y. (2021). L'expérience de la violence armée dans les barrios de Caracas: entre gangs, opérations militarisées et gestion du conflit au quotidien. En F. Andreani & R. Bracho (Dirs.), *Quand l'exception devient la norme : l'ordinaire de la crise au Venezuela* (pp. 39-44). Noria Research.